

VECINOS



KGB

CERCANOS



GRU

Y

**NUEVA HISTORIA
DEL ESPIONAJE
SOVIÉTICO**

DISTANTES

JONATHAN HASLAM

Ariel

Jonathan Haslam

Vecinos cercanos y distantes

Nueva historia del espionaje soviético

Traducción de Gemma Deza Guil

Ariel

Título original: *Near and Distant Neighbours*

Publicado originalmente por Oxford University Press, U. K.

1.ª edición: octubre de 2016

© 2016, Jonathan Haslam
All rights reserved

© 2016, de la traducción, Gemma Deza Guil

© de los mapas, Jeffrey L. Ward, 2015

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:
© 2016: Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2411-1
Depósito legal: B. 15.539 - 2016

Impreso en España por Black Print

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación
a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio,
sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados
puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual
(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

Jerga de los servicios de inteligencia rusos (período soviético)	9
Mapas	11
Prefacio	15
Introducción	27
1. Empezar de cero	39
2. Pero ¿quién era el principal enemigo?	77
3. Criptografía: atrofia por abandono	135
4. ¿Qué amenaza alemana?	149
5. La prueba de la guerra	169
6. Ventaja en la posguerra	203
7. Desintegración	233
8. El escenario alemán	245
9. La pérdida de la fe	291
10. La brecha informática	315
11. Orgullo antes de la caída	335
Conclusión: Emerger de entre las sombras	367
Apéndice I: Organizaciones soviéticas de espionaje en el extranjero	377

Apéndice 2: Agentes que traicionaron al régimen, desertores incluidos 379

Notas 383

Bibliografía 429

Índice 451

Empezar de cero

Los comienzos de los servicios secretos soviéticos están inextricablemente unidos a la Checa, un nombre que no tardó en atemorizar los corazones de la mayoría de los rusos.

La Checa tenía sus raíces en la revolución bolchevique. El derrumbe de la autocracia imperial en marzo de 1917, tras una guerra impopular y una época de escasez de alimentos, había desembocado rápidamente en una agitación social generalizada. Quienes trabajaban para el gobierno pero no ocupaban puestos de poder tenían razones para temer una revolución procedente de las clases bajas. El golpe de Estado que colocó a Lenin, a los bolcheviques y a sus aliados en el gobierno el 7 de noviembre dio origen el 20 de diciembre a una «Comisión Extraordinaria» (de forma abreviada, Checa) cuya misión original era combatir la contrarrevolución y el sabotaje, si bien pronto se había convertido, de manera incuestionable, en la policía secreta de la revolución.

Sin embargo, fue sólo después de que Lenin transfiriera la sede del gobierno de la cosmopolita Petrogrado al provincial Moscú, en marzo de 1918 (cuando la revolución se vio amenazada por la aniquilación tanto desde dentro como desde fuera del país), cuando la Checa se volvió verdaderamente infame. Los bolcheviques acababan de firmar un tratado de paz con los alemanes en Brest-Litovsk, pero la capital seguía siendo vulnerable. Apenas una semana antes, un destacamento de avanzadilla de marines británicos había desembarcado en Arcángel, en el mar Blanco. Las conexiones entre el descontento interno y la intervención externa eran reales y se estaban multiplicando.

La firma de un tratado de paz con la Alemania del káiser en plena guerra mundial, el 3 de marzo de 1918, fue una decisión muy polémica, que dividió a la coalición gobernante entre bolcheviques y revolucionarios socialistas izquierdistas, para quienes sus antiguos aliados se convirtieron en diana de asesinato. Además, se saldó con un alto precio: pérdidas territoriales e indemnizaciones económicas para los bolcheviques. No obstante, quizá lo más importante fuera que alienó al gobierno británico. Londres esperaba legítimamente que la pérdida del Frente Oriental contra Berlín tuviera consecuencias catastróficas para el esfuerzo bélico en el Frente Occidental. Hacer caer a los bolcheviques se contemplaba, por ende, como un modo seguro de restaurar el Frente Oriental y garantizar la victoria final sobre Alemania.

Así, la evacuación de Moscú rescató al régimen de posibles ataques por tierra y por mar. Y también conllevó abandonar la ventana paladiana desde la que Pedro I de Rusia, *el Grande*, contemplaba el mundo por la majestuosidad bizantina del Kremlin, oculto en las profundidades del corazón de la antigua Rusia. Aquel movimiento representó un osado salto hacia lo desconocido y simbolizó un paso atrás decisivo, hacia un pasado más sombrío y más brutal. En Moscú, la Checa se instaló en unas antiguas oficinas de seguros de la Lubianka con vistas a la calle principal, Tverskaya (posteriormente llamada Gorki), no lejos del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, en Kuznetsky Most, y del propio Kremlin, en la plaza Roja.

La Checa no tardó en consagrarse como un instrumento crucial del poder para quienes luchaban por posicionarse como sucesores de Lenin. En la década posterior a su creación, este escudo de la revolución se dirigió principalmente contra la contrarrevolución procedente del extranjero, las personas que habían abandonado el país tras las tropas aliadas en retirada, después de su fallido intento de conquistar la Rusia bolchevique. Y es que el principal enemigo no eran tanto las potencias extranjeras, alarmadas por el espectro de la revolución socialista, cuanto los enojados e impacientes exiliados, que soñaban con regresar a su patria pero no tenían ni idea de cómo recuperarla.

El final de la Primera Guerra Mundial se saldó con la aparición de dos grandes mitos. Los nuevos gobernantes de Rusia se convencieron de que su revolución podía generalizarse y transformar el orden mundial dominado por superpotencias y fundamentado en el capitalismo de libre mercado en un mundo sin fronteras gobernado por la clase obrera. Ello explica que las relaciones interestatales normales con los gobiernos capitalistas no fueran primordiales; en cambio, subvertir Occidente mediante acciones encubiertas se consideraba esencial para la supervivencia del nuevo régimen soviético. Tal mito parecía si cabe más plausible porque la guerra mundial había dislocado las relaciones entre las grandes potencias y socavado la estabilidad social y económica de toda Europa.

La segunda leyenda, sostenida por las principales superpotencias, sobre todo Francia, el Imperio británico y, momentáneamente, los Estados Unidos, era que los acuerdos negociados para poner fin a la Primera Guerra Mundial, en especial el Tratado de Versalles (28 de junio de 1919), forjarían una paz estable. Ello se conseguiría subyugando a Alemania por un futuro indefinido; convertida en una marginada internacional, Alemania quedaría despojada de su capacidad de participar en nuevos conflictos bélicos y económicamente tullida por los pagos de las reparaciones de guerra. Ahora bien, los vencedores pagaron un elevado precio por esta política. La persistente resistencia de Alemania a la subyugación implicó que Occidente no presentara un frente unido para contener la amenaza al capitalismo procedente de la Unión Soviética. Y ello permitió a los bolcheviques hallar un espacio para respirar en un mundo hostil, primero por la supervivencia y luego anticipando una potencial expansión.

La KRO

Naturalmente, la máxima prioridad de Moscú mientras se esforzaba con denuedo por instigar un alzamiento internacional era proteger la revolución en su territorio. De ahí que la función vital de la Checa fuera el servicio de contraespionaje (di-

rigido por la KRO, los *krokisty*), el escudo de la revolución. La espada (el servicio de espionaje en el extranjero) que blandía el departamento de asuntos exteriores de la Checa (INO) se consideraba menos importante.

A la cabeza de los *krokisty* había una figura única que marcó la diferencia en el futuro del espionaje soviético, Artur Artúzov. De padre italo-suizo (Fraucci), Artúzov ni siquiera tenía pasaporte soviético. Lo introdujo en la Checa su tío Misha, el doctor Mijaíl Kedrov, compañero de armas de Lenin. Kedrov dirigía el omnipotente Departamento Especial, las tropas de asalto que controlaban al Ejército Rojo. Sin embargo, no tardó en hartarse de pertenecer a la Checa y se retiró de nuevo al mundo de la medicina.¹

Artúzov estaba hecho de una pasta más dura: bajito pero robusto, con una cabeza grande y el cuerpo de un levantador de pesas, no le sentaban bien los trajes de gala, pero sí el uniforme militar y las botas de caña alta. Tenía un rostro muy peculiar, con una boca grande enmarcada por una fina perilla y unos ojos verde oscuro separados por una nariz gruesa y recta con un estrecho puente cobijados bajo una mata de cabello moreno que se volvió blanco como la nieve en menos de una década.

Buen tenor, practicante de deportes de invierno y hombre con intereses culturales variopintos, Artúzov era también sereno, despiadado, ascético, autocrítico y dado a las observaciones irónicas. Estas cualidades le ayudaron a mantener una buena relación y a profesar un gran respeto por su superior inmediato, Menzhinski. Y lo más importante de todo, era brillante detectando el talento. Artúzov era, asimismo, un hombre íntegro. Extrañamente, para ser un oficial de los servicios de inteligencia tan avezado, en ningún momento perdió su conmovedora inocencia. De hecho, podía ser confiado hasta la ingenuidad.² Denunció el primer juicio-espectáculo (de especialistas industriales) en 1930, lo cual le valió que su jefe, Guénrij Yagoda, lo reprendiera sonoramente por meterse donde no lo llamaban.³ Como bien descubrió Artúzov, no todo el mundo tenía el mismo compromiso con los principios que él, lo cual acabaría por ser un factor decisivo en su triste final. Stalin prefería la inmisericordia.

En Rusia, la KRO afrontaba un desafío al poder soviético resultante de la retirada de Lenin del comunismo de guerra en marzo de 1921. Recibió el nombre de Nueva Política Económica (NPE). El mundo rural, donde habitaba una mayoría abrumadora de la población, reversionó al capitalismo. A partir de entonces, las ciudades permanecieron como aislados puestos de avanzada de socialismo estatal, dejando con ello a un 85 por ciento de la población fuera del alcance del gobierno.

El informe de la KRO del período de 1923 y 1924 subrayaba la alianza fundamental entre el campesinado más acaudalado, dueño de algunas propiedades (aunque fuera sólo un caballo), y los contrarrevolucionarios monárquicos atrincherados en el extranjero. Tal alianza tenía cuatro causas principales: en primer lugar, «el restablecimiento de la economía del campesinado a un estado anterior casi prerrevolucionario»; en segundo lugar, «la debilidad del poder soviético (y del aparato del Partido) en el mundo rural», donde «el asesinato de enviados especiales agrícolas [informadores voluntarios del Partido] [...] atestiguan una resistencia desesperada» por parte del kulak a una creciente penetración soviética; en tercer lugar, «la formación de grupos masivos del antiguo pueblo [es decir, de personas que se identificaban con el antiguo régimen] sin medios para mantenerse», y, en cuarto lugar, «el regreso de grupos importantes de emigrados blancos empobrecidos, incapaces de adaptarse a las condiciones soviéticas».⁴

Los controles a la inmigración se habían colapsado. Se calculaba que unas once mil personas atravesaban cada mes de manera ilegal las porosas fronteras. La Rusia soviética era inmensa, con una extensión que superaba los veintiún millones de kilómetros cuadrados; llevaría muchos años precintarla. Además, la escasez de presupuesto significaba que el número creciente de antiguos enemigos que regresaban a Rusia ya no se enviaban a campos de retención. La OGPU (así bautizada en 1923) consideraba que quienes deseaban subvertir el poder soviético tenían motivos para depositar sus esperanzas en el Ejército Rojo. El informe de Artúzov añadía que «La Nueva Política Económica, la mejora del bienestar material de la *intelligentsia* (la élite intelectual), el “gobierno de la ley” y la po-

sibilidad de un estatus “legal”, *la integración de antiguos oficiales blancos en la sociedad rusa*, han abonado un terreno fértil para la renovación de la actividad contrarrevolucionaria». ⁵

En el seno del país, el espíritu de la revolución aguardaba su oportunidad, inflamado más que refrenado por los avariciosos empresarios que acumulaban excedentes para multiplicar sus beneficios. El capitalismo tenía todas las expectativas de florecer en la Rusia rural; a fin de cuentas, se había explicado a las masas que ellas también se enriquecerían. Al mismo tiempo, aquellas masas se sentían oprimidas por los impuestos y lamentaban el hecho de que, bajo los bolcheviques, escaseaban los artículos a la venta en las ciudades. La mera magnitud de la Rusia campesina y su sobrecogedora ignorancia era una fuente de nerviosismo constante. Artúzov resumió un aspecto en unos términos particularmente crudos: *«Existe toda la intención de utilizar el refuerzo del antisemitismo entre las masas campesinas para generar descontento contra el poder soviético subrayando la conexión entre el comunismo y los judíos, así como la influencia de estos últimos en la política de la URSS»* (en cursiva en el original). ⁶

Los servicios de espionaje extranjeros, en especial el británico, evidentemente esperaban que las penurias económicas hicieran suficiente leña para desencadenar un incendio forestal. «Entre el 9 y el 23 de agosto del presente año [1924] —informaba Artúzov—, los servicios de inteligencia ingleses en Reval [Tallin] hicieron una oferta a diversos monárquicos para que desempeñaran de manera activa una labor hostil contra la URSS, y a algunos de entre ellos se les ofrecieron sumas generosas, de hasta 5.000 libras esterlinas, para que organizaran la voladura de puentes de cualquier línea [de ferrocarril], contaminaran el suministro de agua, [sabotearan] el tendido eléctrico, los tranvías, teléfonos, telégrafos, etc.» En octubre se efectuaron ofertas similares en Helsinki, y con aún mayor persistencia. ⁷

En el extranjero, los representantes soviéticos nunca estuvieron a salvo del terrorismo contrarrevolucionario. En la víspera de la primera conferencia económica internacional de la posguerra, que debía celebrarse en Génova en abril de 1922, llegó la información de que el infame terrorista Borís Sávinov preparaba el asesinato de delegados soviéticos; a results de

tal advertencia, logró desbaratarse el plan.⁸ Vatslav Vorovski, el enviado soviético a la conferencia de Lausana, Suiza, donde se definiría la situación de los Dardanelos, el estrecho que separa Europa de Asia, no fue tan afortunado. El 10 de mayo de 1923, para horror de los comensales que compartían mesa con él, incluidos entre ellos el subcomisario de Asuntos Exteriores, Maksim Litvínov, Vorovski fue abatido por balas contrarrevolucionarias en el restaurante del Hotel Cecil. El ataque lo orquestó Arkadii Polunin y lo perpetró Maurice Conradi, cuya familia había sido arrasada por los bolcheviques.

El 5 de febrero de 1926, Teodor Nette, un mensajero diplomático, fue asesinado de un disparo en el tren entre Moscú y Riga. El 7 de junio de 1927, Piotr Voikov, el embajador soviético en Polonia y un agente clave en la matanza de la familia real rusa, fue asesinado por un emigrado, Borís Koverd, en el andén de la estación de Varsovia. El 2 de septiembre, otro expatriado, Traikovich, intentó asesinar a un mensajero diplomático soviético, Shlessor, pero cayó a manos del compañero de Shlessor, Gusev. A finales de 1927, V. Ukolov, un miembro de incógnito de la INO en el consulado soviético en Pekín, fue asesinado junto con otras cinco personas en Hangzhou. El 4 de mayo de 1928 se realizó un nuevo intento de asesinato, en este caso contra el representante comercial A. S. Lizarev. Durante el resto de la década, el personal diplomático soviético se preguntó con nerviosismo quién sería el siguiente.

En estos tiempos turbulentos se produjo un marcado contraste entre la KRO, que se anotó éxitos espectaculares, y su homóloga menos impresionante, la INO. En un principio, los *krokisty* se encontraron paralizados por una renuencia instintiva a adoptar las prácticas zaristas consagradas por el tiempo, en concreto el uso de agentes provocadores infiltrados en las estructuras contrarrevolucionarias. Sin embargo, el pragmatismo y los éxitos de la KRO en la conversión de espías polacos mediante la persuasión ideológica propiciaron un cambio de opinión. Así, en enero de 1921, Félix Dzerzhinski hizo de la conversión la norma, en lugar de la excepción. Cuatro años más tarde, en 1925, se editó el *ABC del contraespionaje*, que subraya la importancia del enfoque psicológico.⁹ El *ABC* lo escri-

bió Artúzov, bajo cuya dirección inspirada la KRO lanzó una serie de organizaciones contrarrevolucionarias ficticias de gran éxito, la más destacada de las cuales fue la «Trust», operativa entre noviembre de 1922 y abril de 1927.

La Trust tenía sus raíces en el consejo que Vladímir Dzhunkovski había dado personalmente a los directores de la policía secreta Dzerzhinski y Menzhinski. Dzhunkovski había servido en el pasado como ministro del Interior zarista y comandante de lo que representaba la Guardia Pretoriana del palacio, un ejército de 12.700 hombres conocido como Cuerpo Policial Especial. Allí tuvo conocimiento de la infiltración de la policía en el movimiento revolucionario, plan que incluía el uso de agentes provocadores como Evgeni Azef, quien ascendió de manera sorprendente a director de la división de combate del Partido Revolucionario Socialista y fue el cerebro tras una serie de asesinatos de perfil alto. El otro incitador destacado fue Serguéi Zubátov, quien intentó fundar sindicatos anticapitalistas leales al zar. Dzhunkovski consideraba inconstitucionales tales prácticas y las desaprobaba con rotundidad; como consecuencia, el zar lo despidió por tener demasiados principios. Sus principios, no obstante, no le impidieron ofrecer a los bolcheviques unos consejos que les resultarían muy valiosos cuando alcanzaron el poder.¹⁰

La historia de la Trust arranca en noviembre de 1921, cuando Artúzov interceptó una carta fascinante de Yuri Artamónov dirigida al Consejo Real Supremo (VMS) en el exilio. Artamónov trabajaba como intérprete en la oficina de pasaportes (base del MI6) del consulado británico en Reval, Estonia. La carta revelaba su determinación de establecer una presencia subversiva en el seno de la Rusia soviética con la colaboración de un tal Aleksandr Yakushev. Yakushev, aristócrata y funcionario en tiempos del zar, trabajó posteriormente para el Comisariado del Pueblo para el Comercio Exterior. Se hallaba de camino a Noruega y Suecia cuando se encontró con Artamónov en Reval; Artamónov había sido alumno de Yakushev en el Lycée Alexandrovsk Imperial. Artamónov detestaba a los bolcheviques y convenció a Yakushev para que se uniera a la causa.

Artamónov demostró ser una fuente de inspiración para Dzerzhinski y Menzhinski: «Yakushev es un profesional sobresaliente. Inteligente. Lo sabe todo y conoce a todo el mundo. Comparte nuestros ideales. Es justo lo que necesitamos. Asegura que su opinión es también la opinión de las mejores personas en Rusia. [...] Una vez caigan los bolcheviques, los profesionales ascenderán al poder. Y el gobierno no lo crearán los emigrados, sino quienes estén en Rusia. Yakushev afirmó que las mejores personas de Rusia no sólo están unidas, sino que existen organizaciones contrarrevolucionarias activas en el país». Yakushev se mostraba desdeñoso con la comunidad de exiliados: «En el futuro —escribió— serán bienvenidos en Rusia, pero está descartado importar un gobierno desde el extranjero. Los emigrados no conocen Rusia. Deben venir aquí, permanecer y adaptarse a las nuevas condiciones».¹¹

Cuando Yakushev regresó a Moscú, la Checa lo arrestó sin dilación. Dzerzhinski lo conocía personalmente; habían trabajado juntos en 1920, cuando Dzerzhinski era comisario de transporte. Yakushev no puso objeciones a admitirlo todo y Artúzov invirtió largas horas intentando convencerlo de que su deber patriótico era colaborar. Ante la perspectiva de ser encarcelado, Yakushev acabó por ceder. Junto con Artúzov fundó la Organización Monárquica de la Rusia Central (MOTsR), que la Checa apodó Trust.

Artúzov resumió los objetivos y procedimientos de la Trust como sigue: en primer lugar, como medio de monitorizar a los monárquicos, hay que «simular la existencia de una organización monárquica en la URSS con el fin de concentrar la atención de todos los monárquicos extranjeros en dicha supuesta organización». En segundo lugar, debía mantener un registro actualizado de qué países financiaban a los monárquicos. En tercer lugar, debía averiguar qué embajadas extranjeras en el seno de la Rusia soviética estaban en contacto con los expatriados. En cuarto lugar, debía difundir desinformación recopilada específicamente por el ejército para confundir al enemigo acerca de las capacidades soviéticas. En quinto lugar, debía convencer a los emigrados «de que no pueden asumir un papel activo en general: el cambio de régimen, como cual-

quier otra revolución, sólo puede partir de dentro del país. Los emigrados sólo podrán regresar una vez producido el cambio de régimen».¹²

Faltaba por ver si aquella brillante idea podía ponerse en práctica. Ganar credibilidad era esencial para el proyecto en su conjunto. De manera que el 14 de noviembre de 1922, Yakushev, que había sido liberado de prisión, partió rumbo a Berlín para establecer contacto con el Consejo Real Supremo (VMS). Un año más tarde se reunió con el general Peter Wrangel en Berlín y después con la Organización del Ejército Ruso (ORA) en París. El hecho de que estos diversos grupos de emigrados conspiraran entre sí creó la oportunidad para fragmentarlos aún más. Después de la visita de Yakushev, el general Kutérov, que técnicamente era el subalterno de Wrangel, envió a emisarios personales (de hecho, a su propia sobrina: María Zakharchenko-Shults) a Rusia con el fin de verificar la legitimidad de la Trust.

María era una mujer bella, apasionada y casada en segundas nupcias. Con unos centelleantes ojos grises y un espíritu osado, le apasionaba el peligro. Defensora fanática de emplear métodos terroristas contra los bolcheviques, María y su último esposo, Gueorgui Radkovich, resultaban difíciles de complacer: convencerlos de que la Trust era real se convirtió en una de las máximas prioridades.¹³ La estrategia funcionó. Cuando a continuación Wrangel envió a su propio hombre para verificar la identidad de la Trust, lo hizo sin consultar con Yakushev. Para reforzar el mensaje de que todo debía hacerse a través de la Trust, el mensajero fue arrestado sin demora y desapareció sin dejar rastro. El resultado fue una fricción creciente entre Kutérov, ahora un firme creyente en la Trust, y Wrangel, un firme escéptico. En junio de 1924, Moscú decidió que había llegado el momento de profundizar tal escisión.¹⁴ Otro personaje, Eduard Ottovich Upelinsh, también conocido como Opperput, un letón, estaba involucrado a aquellas alturas en el espionaje polaco, vinculado al terrorista Borís Sávinov, que en aquel entonces operaba en la frontera bielorrusa. Opperput fue apresado y el propio Menzhinski se encargó de convertirlo. Al poco, Opperput se instaló en la Trust.

El centro de las operaciones de los emigrados contra los bolcheviques, ROVS, fue creado el 1 de septiembre de 1924 por Kutépov con la ayuda de Wrangel y el principal pretendiente al trono de los Románov, el gran príncipe Nikolái Nikoláyevich. El ROVS recibía ayuda financiera y logística procedente en gran parte de Francia y de sus aliados en la Europa del Este. Sabía que contaba con el apoyo de los jefes del Estado Mayor finés y polaco, en concreto; de hecho, sus comunicaciones con Moscú se realizaban mediante valija diplomática.¹⁵

Mientras que Wrangel y los demás seguían albergando serias sospechas acerca de la Trust,¹⁶ Kutépov se aferraba desesperadamente a la firme convicción en su autenticidad. Pese a ello, todos los intentos de atraer a Kutépov a suelo soviético fracasaron.¹⁷ También se efectuaron operaciones en paralelo a la Trust en otros puntos: «D-7» hasta 1929, «C-4» hasta 1932 y «Zamorskoe» hasta 1934. Todas ellas proporcionaron información errónea a los servicios de inteligencia de la Europa del Este y al servicio de espionaje británico, el MI6.¹⁸

La INO

La resolución mediante la cual se creó la INO, con fecha de 20 de diciembre de 1920, definía la máxima prioridad de la organización como «la exposición de organizaciones contrarrevolucionarias en territorio extranjero involucradas en actividades subversivas contra nuestro país».¹⁹ Las instrucciones emitidas a la INO más adelante, el 28 de noviembre de 1922, eran más explícitas en la definición de la función de aquel departamento en términos tanto de la Rusia soviética como del Komintern: «Desenmascarar en el territorio de todos los países a grupos contrarrevolucionarios implicados en actividades tanto activas como pasivas dirigidas contra los intereses de la RSFSR [la Rusia soviética] y también contra el movimiento revolucionario internacional».²⁰

En marcado contraste con la KRO, dirigida con éxito por Artúzov, la deslucida INO tenía unos resultados mixtos. Su primera cabeza visible fue Yákov Davtian, una suerte de dandi y

alma sensible que resultaba ser, además, el protegido de la estrecha colaboradora y amante de Lenin, Inessa Armand. Esta conexión explica la repentina notoriedad de Davtian, pese al hecho de carecer de experiencia y de no haber demostrado ninguna vocación por aquella línea de trabajo. A pesar de ello, Dzerzhinski no tardó en sacarle jugo, aprovechando su prepotencia exorbitante para despojarlo de poder real y así impulsarlo a dimitir no en una ocasión, sino en dos.²¹

La eliminación de Davtian permitió a Dzerzhinski colocar en su puesto a su propio hombre. Judío y oriundo de Astracán, Meer Trilisser conocía a Dzerzhinski desde la revolución de 1905 y llevaba cuatro años más que él al servicio del Partido. Trilisser parecía el típico intelectual ruso inofensivo: flaco y con gafas lucía un pequeño bigote de cepillo. Ahora bien, en su caso, las apariencias engañaban. A título de ejemplo, su destacado papel en el famoso levantamiento naval de Sveaborg de 1906 conllevó su encarcelamiento y exilio a Siberia durante cinco años. Allí, consciente del futuro, invirtió sus energías en estudiar inglés y alemán.²² Bajo su liderazgo, la INO creció de manera paulatina. De los 70 hombres con los que contaba en 1922, en 1930 había alcanzado la cifra de 122, de los cuales 62 ejercían en el extranjero.²³ Los diplomáticos resultaron ser los principales beneficiarios del espionaje de la INO. Pese a ello, las relaciones del comisario de Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, con los «vecinos» Menzhinski y Trilisser podrían calificarse, a lo sumo, de tolerables. Comprensiblemente, a Chicherin le irritaba la costumbre de la OGPU de espiarlos tanto a él como a sus subordinados. La policía secreta, por su parte, veía al comisariado como «el enemigo de clase» y, por consiguiente, era propicia a creerse cualquier sandez que le explicaran acerca de él.²⁴

La intolerancia de Chicherin se explicaba fácilmente por el hecho de que los servicios de espionaje en el extranjero no sólo eran débiles, sino que parecían más centrados en agitar y organizar la revolución que en espiar a los rivales de la Rusia soviética. En efecto, la INO era tan frágil que durante la primera mitad de la década, las *rezidenturas* (bases de operaciones de los servicios de inteligencia secretos en países extranjeros)

de Europa compartieron dirección con los servicios de inteligencia militares. La *rezidentura* más extensa con diferencia estaba en Alemania, que se alineó de manera momentánea con Rusia en contra del predominio anglofrancés y, lo que es más importante, era contemplada como la cuna de la futura revolución.

En Alemania, la agencia de espionaje soviética se conocía como la Central de Mando de Berlín (*Berlinskii rukovodyashchii tsentr*). Dicha central tenía dos finalidades: la primera y principal, incitar y contribuir a la revolución alemana, un intento que resultó catastrófico cuando el levantamiento en Hamburgo fue sofocado en noviembre de 1923; y, en segundo lugar, gestionar el espionaje en toda la Europa occidental y central, labor que cobró mayor prioridad tras el fracaso de la revolución.

Recopilar información secreta acerca del Estado alemán se consideró una prioridad de orden secundario. Es más, a las autoridades en Berlín jamás les preocupó el espionaje soviético. Se tomaban mucho más en serio la propaganda revolucionaria... e incluso tal amenaza les parecía manejable. Al poco, la central de inteligencia soviética quedó reducida a dos *rezidenturas* normales, una correspondiente a la INO y otra a la inteligencia militar (el Cuarto Departamento), puesto que las operaciones conjuntas resultaron imposibles de gestionar desde Moscú.²⁵ Tales *rezidenturas* estaban integradas por el *rezident* principal y su ayudante, además de un segundo *rezident* y otro en reserva, un oficial de información (*osvedomitel*), un reclutador (*verbovshchik*), un agente de comunicaciones (*marshrutnyi agent*), una persona encargada de mantener los pisos francos (casas seguras) y un mensajero.

Polonia, que acababa de renacer como país y ocupaba una posición predominante en la Europa del Este, vivía un fuerte descontento basado tanto en diferencias étnicas como de clase. Su clase dirigente se mostraba dividida acerca de qué suponía una mayor amenaza, si Moscú o Berlín. Además, Polonia estaba amenazada por el Tratado de Rapallo, rubricado por Moscú y Berlín el 6 de abril de 1922, que simbolizaba un frente unido contra el renacimiento del imperio polaco e, implícitamente, preveía el desmembramiento de un rival odiado. A cambio de

campos de entrenamiento secretos y fábricas de gas tóxico y armamento en Rusia, los bolcheviques recibieron tecnología militar de última generación de manos de los alemanes, quienes aprovecharon cuanto pudieron tal oportunidad para recoger información secreta. Por el lado soviético, todos los acuerdos corrieron a cargo de los servicios de inteligencia militar. En aquellos momentos, Alemania y Rusia podían describirse como los mejores enemigos. No obstante, los objetivos nacionales más poderosos de los servicios de inteligencia soviéticos seguían estando fuera del alcance: Gran Bretaña, Francia y, acechando al otro lado del océano como una superpotencia en ciernes, los Estados Unidos, que parecían enriquecerse cada vez más.

El Cuarto Departamento/Razvedupr

En la década de 1920, el espionaje militar parecía más prometedor que su homólogo civil, tanto a nivel de envergadura como de relevancia. Las relaciones con la Checa (y sus sucesoras, la GPU y la OGPU) eran de una tirantez constante, sobre todo porque sus principales promotores, el fanático de miras cerradas Dzerzhinski y el conspirador infatigable Stalin, estaban resueltos a no permitir que este poderoso instrumento cayera por entero en manos del ejército, al cual consideraban inherentemente indigno de confianza.²⁶ Los bolcheviques no habrían podido ganar la guerra civil sin el ejército, pero no resultaba tranquilizador que ciento sesenta de los oficiales militares de más alto rango hubieran servido con lealtad al zar Nicolás II en el pasado.

La desconfianza fue generalizada mientras Trotski conservó el puesto de comisario del pueblo para los Asuntos Militares y Navales. El Partido estaba demasiado ocupado vigilando a este Napoleón bolchevique para darse cuenta de que tenía enfrente una amenaza mucho más peligrosa: aquella viva imagen de la simpatía y la tolerancia, un hombre atezado, de cabellos rizados y fumador en pipa, Stalin. Bajo el mandato de Stalin, la lealtad personal se valuaba infinitamente más que la eficiencia. A resultas de ello, las maquinaciones políticas al más alto nivel

interferían de manera invariable en las buenas prácticas. Y los servicios de inteligencia soviéticos notaron vivamente las consecuencias adversas de ello.

Como su rival, la Checa, los servicios de espionaje militar no podían concentrarse exclusivamente en los países enemigos. También necesitaban concebir un modo de neutralizar la amenaza a la contrarrevolución procedente del extranjero. Con el título oficial de Razvedupravlenie (abreviado como Razvedupr), a nivel interno se conocía como «el Cuarto Departamento», pues se trataba del Cuarto (reemplazado en 1939 por el Quinto) Departamento de Personal del Ejército Ruso. El término *Estado Mayor* se rechazó por motivos ideológicos hasta 1935.²⁷

Incluso antes del estrepitoso desastre de la marcha sobre Varsovia, Trotski lamentó «la completa bancarrota del espionaje humano en el frente occidental».²⁸ El reconocimiento de esta triste verdad debería haber propiciado una mayor precaución; en cambio, la retirada del Ejército Rojo de Varsovia en agosto de 1920 destacó de manera inesperada lo que Trotski ya sabía: que los servicios de inteligencia de Moscú no alcanzaban la media. Peor aún, el Segundo Departamento del Estado Mayor polaco había interceptado y descifrado la mayoría de sus señales: 410 en total, incluyendo las transmitidas entre Trotski y Mijaíl Tujachevski.²⁹

El destino de Centroeuropa y, por ende, el avance revolucionario mundial destacó la inadecuación de los sistemas de codificación soviéticos. Y eso que los bolcheviques sólo conocían la mitad de la historia. En septiembre, el Politburó extrajo unas crudas conclusiones: «Fuimos a Varsovia a ciegas y sufrimos una catástrofe. Teniendo en cuenta la compleja situación internacional en la que nos hallamos, es imprescindible dar al asunto de nuestro servicio de inteligencia la prioridad que merece. Sólo un servicio de espionaje serio y debidamente constituido nos salvará de enfrentarnos a ciegas a lo inesperado».³⁰ Finalmente, el letón Yan Lentsman se puso al frente de dicho servicio. Lentsman se encargó de dar estructura a aquella organización proteica, una estructura que, en esencia, se mantuvo hasta que el Cuarto Departamento quedó subordinado a la INO en 1934.

La proliferación de personal letón (los «letts») tiene fácil explicación. Eran revolucionarios inusuales y guerreros decididos, con un aspecto más occidental que los rusos gracias a la sociedad políglota de la que emergían. En Letonia, el alemán predominaba por tradición en las ciudades y el ruso en el ámbito rural. Desplazados de su patria, los bolcheviques letones eran a la par fanáticos y eficientes; y en este sentido estaban más que dispuestos a hacerle el trabajo sucio a Dzerzhinski. Eran «personas especiales», según los denominó Stalin muchos años más tarde; personas capaces, creía él, de arrojar a un terrorista contrarrevolucionario como el odiado Sávinkov por una ventana (Stalin nunca se creyó el informe de que Sávinkov había saltado por la ventana de la Lubianka).³¹ Además, puesto que los servicios de inteligencia tanto civil como militar eran instrumentos de una revolución que seguía definiéndose como mundial, el hecho de que estuvieran densamente poblados por agentes no rusos no se contemplaba como algo extraordinario, sino perfectamente normal. Sólo cuando Moscú decidió que esa revolución mundial había dejado de ser su máxima prioridad este tema empezó a considerarse un problema.

No obstante, durante años, sobre todo al principio, el impulso revolucionario internacional hizo estallar por los aires todo intento de contención. Tanto los objetivos como las prácticas de los servicios de espionaje soviéticos quedaron moldeados por sus repercusiones. A pesar de que 1921 fue el año triunfal del reconocimiento diplomático para el régimen soviético, los bolcheviques seguían considerándose «en guerra» con sus vecinos. De hecho, una resolución del Cuarto Departamento datada el 7 de abril de 1921, declaraba que «La naturaleza clasista de la guerra que la Rusia soviética está librando con los países de la Guardia Blanca que la rodean obliga a incluir en el programa la información reunida por nuestros espías acerca de los principios de clase con relación a los países que poseen una clase obrera desarrollada». Ello no excluía en ningún caso «el empleo de elementos ajenos a nosotros, en función de la situación local y la oportunidad en el tiempo». De hecho, ésa fue precisamente la dirección en la que el Cuarto Departamento se adentró cada vez más. Con todo, la «naturaleza clasista»

de los espías se expresó en «la elección de agentes en función de su afiliación al Partido y su origen de clase», así como «en la más amplia colaboración con organizaciones comunistas que combaten a otros países de nuestro bando».

Así, Lentsman concluía que la red de agentes de cada país «debe estar integrada por personas escogidas por las organizaciones comunistas de dichos países». Por descontado, todo quedaba condicionado a «producir resultados que satisfagan a nuestros órganos, sea política, sea militarmente». En una reunión posterior, el 6 de agosto, en esta ocasión con representantes del Komintern y de la Checa, se decidió que quien debía asumir la labor de contactar con los partidos comunistas locales era exclusivamente un representante del Komintern «obligado a proveer a la Checa y al Razvedupr [el Cuarto Departamento] y a sus representantes toda la asistencia requerida». Sin embargo, como los acontecimientos no tardarían en demostrar, tales decisiones solían honrarse más con infracciones que con cumplimiento.³²

Jan Berzin

Bajo el mandato de Lentsman, Berzin (Pēteris Kuzis), uno de los dos delegados de Lentsman y posteriormente un nombre inseparable del Cuarto Directorio, asumió el cargo de la red de espionaje humano. Sin embargo, fue bajo el sucesor inmediato de Lentsman, Arvid Zeibot, un inteligente letón y un administrador con talento que asumió el control el 15 de abril de 1921, cuando se creó una unidad centrada en la investigación y el análisis. Dicha unidad proveyó información a Moscú hasta que fue destruida de manera gratuita en 1935.

A pesar de poseer unas habilidades magníficas para la organización, Zeibot carecía de interés o experiencia en asuntos militares y solicitó en repetidas ocasiones que le permitieran abandonar su puesto. Dado que Berzin ya había dirigido la red de espías en el extranjero y disfrutaba activamente del desafío, era sensato que se hiciera cargo de toda la operación. Para la fecha en la que lo hizo, el 1 de abril de 1924, la organización

había ascendido de rango y se había convertido ya en un directorio de pleno derecho.³³ A partir de entonces, el jefe del Cuarto Departamento y sus sucesores recibieron la denominación de director. Pese a tener apenas treinta años, Berzin era conocido como «el Viejo». Bajo y fornido, con los labios prietos, una calvicie prematura y unos ojos azules penetrantes, de rasgos finos tallados en piedra, estaba destinado a convertirse en una leyenda en vida. Berzin no tenía miedo, lo habían «instruido en el odio» en un seminario, había sido arrojado al corredor de la muerte de adolescente y, pese a ello, mostraba un grado de humanidad rara vez apreciable en ningún otro cargo del régimen soviético.³⁴

De hecho, Berzin opinaba que los oficiales de los servicios de inteligencia debían tener «la cabeza fría, el corazón templado y los nervios de acero».³⁵ Y pese a que defendía su territorio ante los rivales con uñas y dientes, también mostraba una atención diligente hacia sus subordinados. Uno de ellos recordaba que cuando enviaba a un oficial al extranjero, Berzin «siempre subrayaba su completa confianza en él [...] y que, en el caso de fracasar la operación, lo respaldaría y lo defendería».³⁶ Los telegramas eran invariablemente personales y nunca dictatoriales. «A menudo los escribía él mismo y, pese al hecho de que [los agentes] tenían nombres en código asignados, se dirigía a ellos por su nombre de pila».³⁷

Hacia finales de octubre de 1926, los conflictos de interés generados por la colisión entre las necesidades de los agentes de la inteligencia soviética y las necesidades de los partidos comunistas locales en los países donde dichos agentes operaban se habían vuelto alarmantemente visibles. Cuando el *rezident* del Cuarto Departamento en Praga fue arrestado, junto con dos agentes checos, su detención propició una reacción en cadena que reverberó en todo el Partido Comunista local y condujo al arresto de varios de sus dirigentes. Ante la seria reprimenda por parte del Kremlin, Berzin afirmó con ingenuidad que desconocía que no podía utilizar a comunistas locales como espías. Debidamente escarmentado, el 8 de enero de 1927, envió una circular a todas las *rezidenturas* recordándoles que debían aislar la actividad del espionaje de las organizaciones del Partido.³⁸